

Si desea estar con *González*, envíe su colaboración al correo electrónico:

hojagonzalez@gmail.com

ARCHIVO: <http://areadeproyectos.org/gonzalez>

octubre

18

Enviado a Hoja González por Nicolás Gómez

*viene del número anterior*

Como suele ocurrir en los sueños, la situación cambió súbitamente. Recuerda que era de noche y veía muchas personas entrando a la sala. Les reconocía los rostros a algunos, pero cuando no estaba seguro de conocerlos físicamente, identificaba el afecto que les producía su presencia y su voz. En su relato, el escribiente mencionó un grupo de personas, específicamente una pareja adulta, dos mujeres jóvenes y un niño pequeño por quienes sentía especial apego, sin duda eran familia. No obstante, también sintió cierto nerviosismo por su presencia, como si les tuviera una deuda pendiente, como si debiera corroborarles algo. Pero el grupo fue muy cariñoso, lo elogiaron entre abrazos y tiernas carantoñas, parecían orgullosos de algún triunfo que él no asimilaba y entre sus palabras repetían:

—no entendemos mucho, pero te quedó muy lindo todo, felicitaciones... el rompecabezas: impresionante.

Incluso el niño, intentando inútilmente arrancar las fichas del suelo, se mostraba emocionado con rompecabezas. Él sabía que sería un éxito. La reacción del grupo lo hizo sentir confiado, le había comprobado que la pieza cumplía su función y que al resto del público iba a agradecerle la exposición. Efectivamente, se le acercaron decenas de personas más y lo felicitaron con sonrisas y cachetes del color del vino tinto que repartían, siempre elogiando el rompecabezas. En el sueño, el escribiente sintió que entre los asistentes se murmuraba sobre la presencia de unas personas importantes que visitaban la muestra por casualidad. El escribiente volvió a inquietarse. Una mujer de pelo rubio y revoltoso, algo leonesco, se le acercó a saludarlo, muy seria, como desconfiando de algo. Venía de la mano con un hombre de pelo negro largo, un bigote prominente que se extendía hasta la quijada, cuyo acento perceptible en su breve saludo dejaba en evidencia que era un mexicano extravagante... claro, otro artista. Entre los asistentes del público decían que venían de San Francisco, que eran muy importantes en el mundo artístico, que era un lujo tenerlos allí. Pero además del saludo, la pareja no dijo más, quedaron callados, inmóviles. Su silencio aterrizó al escribiente quien también se paralizó y se enmudeció. En tanto, dos hombres se le acercaron. Uno muy alto vestido con blazer de paño, otro no tan alto y vestido con blazer de imitación de piel de vaca. Ambos le hablaban simultáneamente muy cerca de su cara, despedían de sus bocas frenéticas un guirigay de términos filosóficos ininteligibles. Sólo oía que a su alrededor el público aplaudía la presencia de las dos personas, al parecer, también importantes críticos de arte. Luego un silencio amplificado. Vertiginosamente, ambos críticos sacaron sus respectivos celulares y le tomaron fotos al rompecabezas que yacía sobre el suelo de madera. El niño seguía ahí, intentando desprenderlo. Y sobre éste se paraban dos jóvenes; un no-sé-qué en sus poses los delataba como estudiantes de arte, y reían escabrosamente mientras dejaban las huellas de sus pesadas botas fashion impresas sobre la blanca superficie, y los críticos de arte no paraban de hablar.

Divisó entre los asistentes a tres personas cuya presencia le complacía gratamente. Se acercó a ellos, flotando sobre las cabezas del público

*González* es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de "uniandes.edu.co" y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracritica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

que sonreía y sudaba por el calor. Los tres eran artistas a quienes sabía que admiraba por lo que había visto de ellos en los museos. Sentía un gran alivio porque finalmente iba a poder oír comentarios edificantes sobre las pinturas y esculturas. Quizás divagaría sobre los métodos de chorreado de pintura y doblez de cartón; compartiría con alguien comprensivo la emoción que le genera un fluido que escurre y cubre superficies con color y unos planos ortogonales que al articular crean vacíos contenidos. El escribiente se acercó con inmensas expectativas de una aguda charla sobre su cometido artístico. Dos de ellos eran pareja, uno llevaba un pantalón rojo y el otro llevaba pantalón verde, eran sofisticados y amables.

—¿Y, qué tal?

Preguntó el escribiente. A lo que ellos respondieron sincrónicamente:

—Bien, felicitaciones. Estupendo el rompecabezas. Buenas las pinturas, lástima los marcos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No van bien, no van bien.

El escribiente quedó pasmado. No podía creer tal simpleza. Volvió al tercero de ellos, acreditado artista e influyente académico de quien siempre recordaba sus lecciones y nunca encontró oportunidad para decirselo.

—Y bien, ¿qué le pareció?

Preguntó el escribiente. A lo que él respondió con su difusa tímida antipatía:

—Bien, felicitaciones. Extraordinario el rompecabezas. Buenas las esculturas, lástima las repisas.

—Gracias, pero ¿por qué?

—No van bien.

—A mí me gustaron.

—No pueden gustarle.

—¿Por qué?

—Vea, Mateo López y Nicolás París ya han usado la madera en todas sus formas. Ellos son famosos, usted no. Sea original.

En tanto me contaba el sueño, el escribiente paró un instante cuando llegó a este punto. Quizás no supo decirme qué había sentido con estas opiniones. Llevó sus ojos detrás de sus cuencas como buscando palabras en su cerebro y sólo logró resoplar.

Luego continuó. El escribiente me contó que el mismo personaje hizo un giro y de repente le colocó sobre su mano una mano huesuda de una señora de pelo negro rizado y despeinado, con gafas de marco ancho negro.

—Le presento a fulana (no recordaba el nombre), la galerista.

El público estaba estupefacto con la presencia de fulana. Parecía ser que era muy importante fuera de la ciudad. Y fulana examinó al escribiente de pies a cabeza y le dijo con voz avasallante:

—Escribiente, ¿acaso no escribes? Dedicáte a eso no más. Concéntrate

en algo. ¿Quién te crees para hacer obras de arte? Eso lo hacen los artistas.

Ahí terminó el sueño. El escribiente me contó que despertó acelerado y pronosticando un día gris, en todos sus matices. Como el escribiente, tengo mala memoria y no recuerdo los sueños que tengo, entonces no puedo contarlos. Por eso cuento este, como proyección de algo que me incumbe, como si yo mismo lo hubiera tenido. Quizás el sueño es profético y augura un anárquico mundo en el que los escribientes se creen artistas. Y, como si fuera poco, quieren discutir sobre formas y colores (¡y no son originales!).

---

Enviado a Hoja González por Daniel Felipe Jiménez Méndez

Sinceramente he estado pensando todo el día en un relato, algo que contar, algo que sea original y que de algún modo sorprenda al lector; una experiencia, escritura automática tal vez, una historia que, como el laberinto que Borges expone en su relato, no mencione al 'tiempo', porque es esta la esencia básica de su composición infinita. Finalmente me decidí por no decidirme, me decidí por llegar y que las palabras se dieran solas, tal como son, palabras, palabras que vuelan, palabras que son inhaladas y exhaladas como el aire, palabras combinadas con sentimiento, que, a fin de cuentas, son el reflejo de nuestras sensibilidades más profundas, pues de palabras el hombre vive, de palabras el hombre se descubre ante el universo de lo ajeno, de palabras está compuesta la base de cualquier otra forma de comunicación. Lo extraño del lenguaje es que las palabras algunas veces nos limitan a descripciones que no llegan a ser ni la mitad de lo que realmente queremos comunicar; el pensamiento humano y su mecanismo es muy complejo para ser objetivo, porque es una paradoja en muchos sentidos, una paradoja que se convierte en infierno, un infierno en el cual el sujeto de este relato no se identifica consigo mismo, pues jamás ha sabido quién es realmente, y a medida que se adentra en la búsqueda de sí mismo, mas va asimilando características ajenas, que aunque sabe que son inherentes al todo que compone su personalidad, nunca está seguro si seguir sus instintos o atenerse a algún principio.

Siempre observé aquella ventana como un pasaje a otro mundo, no era cualquier ventana la de su cuarto, incluso la música le incentivaba a pensar que si algún día llegara a cometer la locura de atravesarla, alzaría vuelo y llegaría a donde nadie ha llegado; pero entonces cayó en cuenta de lo estúpido que sonaba eso, de llegar a creer que saltando por una ventana llegaría a alcanzar todo lo que siempre soñó, por el miedo a caer y tal vez romperse el cráneo contra el pavimento, tal vez una que otra extremidad partida o peor aún, una caja torácica vuelta pedazos por el impacto. En definitiva no deseaba para nada una muerte así. Despertándose, consciente de la realidad de otro día más en el que su voluntad se encontraba atendida y encerrada entre las tramposas manos del azar, no dudo un segundo y rompiendo el vidrio con su antebrazo, se lanzó al vacío, tratando de decidirse por la última cosa que quería pensar en el instante en que su cuerpo frágil se quebrara contra el frío y húmedo suelo... boom! Se despertó de golpe y se dio cuenta que la alarma llevaba sonando más de cinco minutos, hasta que su despertador cayó al piso volviéndose pedazos. Su reacción paso de precipitada y afanosa a pasiva y algo resignada. Sabía que iba tarde, pero ya todo daba igual. A veces, entrando al baño, recordaba aquellos tiempos en que todo era más fácil, y el mundo no parecía contradecirse tanto como lo hacía por esos días.

Entonces, subiendo la ladera que daba a la entrada principal de aquella biblioteca donde pasaba tardes de valor efímero en las que disfrutaba de meterse en historias donde el límite no eran las paginas enumeradas ni los párrafos justificados, sino el modo de comprender y expandirse por las fantasías mas absurdas y elocuentes de ciertas novelas, le vio. Estaba junto a la cafetería y sus miradas se cruzaron repentinamente, casi que al mismo tiempo. El olor del café le inspiraba las ganas de subir y hablar con esa persona tan única que había conocido no hacía mucho, pero el miedo a lanzarse ante un nuevo universo que casi

de desconocía por completo le aterrorizó de tal modo que decidió huir de aquel lugar, corriendo por los escalones que conducían hacia las largas pilas de libros. De un momento a otro recapacité y pensó en volver, pero la frustración de no saber qué decir ni cómo reaccionar ante la inevitable cuestión de "¿Por qué carajos saliste corriendo de ese modo?" le sugirió que era mejor, por ese día, esconderse; ya luego sabría que inventarse, ya luego sabría cómo reaccionar.

Fue el olor a moho de los patios conjuntos al edificio lo que le hizo reaccionar. El dolor era tan agudo e insoportable que, inmediatamente un corrientazo helado recorrió su cuerpo desde su talón derecho hasta la cabeza, quedo inmóvil, y pedía ayuda a gritos entrecortados, a veces incomprensibles. Lo último que recuerda fue el arrepentimiento de llegar a no existir mas, esa ínfima unidad de tiempo en la que el vacío le sugirió una oportunidad, ya inalcanzable, de contemplar la posibilidad de seguir aquel olor a café y sin vacilar, besarle, sentirle, mezclarse con su esencia, dejar que el universo ajeno de aquel ser realmente humano se combinara con sus verdades más personales y decirle sin tapujos ni miedo lo que sentía; el momento era ese y no otro, la vida pasa y lo hace, aunque no nos parezca, mas rápido de lo que habitualmente consideramos; además, ¡es solo una! y fue en este instante tan pequeño que comprendió finalmente que el mundo se puede ir a la mierda, siempre y cuando esa persona le correspondiese del modo adecuado...

- ¡Pero qué estaba pensando! - grita en medio de la confusión de otros pacientes. - Calma, la caída milagrosamente no tuvo consecuencias de mayor gravedad. Ahora solo descansa. - Descansa... la enfermera no sabía que le daba igual seguir la vida así, incluso con una, dos o con las cuatro extremidades fracturadas. La exclamación inesperada se debía a que volvía a despertarse en medio de esa realidad... volvía la insoportable idea de la posibilidad... puede que si sea, como puede que no... puede que la charla sea amena, como puede que no, y, acompañada de la rutina y de la pesadez que de por sí traen consigo las cosas técnicas de la vida, hicieron doblemente insoportable esa idea: En poco tiempo de nuevo aquel ascensor al que no le sirve el botón que conduce a su piso, de nuevo aquella estación donde pareciera que el frío alejara a toda alma alegre del lugar, de nuevo la misma planta que, muerta, reposa sobre el cubículo de la secretaria de su jefe, de nuevo el jefe, de nuevo esa secretaria, de nuevo el escritorio, de nuevo el teclado, de nuevo las estadísticas, de nuevo las carpetas, de nuevo el café de las 10, de nuevo Andrés preguntándole la hora (porque no tiene nada más que decir), de nuevo la cafetería de siempre, de nuevo el insípido pollo, de nuevo el "Hasta luego don José!", de nuevo la salida a las 3, de nuevo... ¡De nuevo la biblioteca!

Y fue mientras se dirigía a su casa que pensó en escribir. Salía de la biblioteca, donde realmente le encontraba algún sentido a su vida, donde disfrutaba de cosas pequeñas pero muy valiosas, donde le conoció. Descubrió así que era la escritura como herramienta artística a través de la cual relatar sus más intrincados y personales pensamientos, el modo de deshacerse de esa tensión de nunca saber qué hacer cuando se encontraba en frente de esa persona, cuando su inseguridad parecía, de un momento a otro, consumir su mundo y sumirlo en la vergüenza, una vergüenza absurda, sin sentido lógico pero tal vez psicológico, ya no podía estar mas consciente de que un manicomio podía llegar a ser la solución a sus problemas.

Eligió como papel una frágil estructura y como bolígrafo se lanzó a descubrir el ilimitado mundo de las palabras, ya la realidad era lo suficientemente ortodoxa y repetitiva, solo se quería entregar a un mundo, cualquiera que fuese, donde todo cambiara, todo fuera diferente, así se condenara a un silencio infinito, ensordecido por un oscuro paisaje sin fin (que en cierto modo era lo que menos deseaba), quería descubrir el mundo que había detrás de la ventana, yo, lo reconozco, yo era este maniaco, yo, con toda mi confianza en que al atravesar este horrible solido transparente, testigo de mis sueños, de mis pesares, de mis pensamientos y mis temores, yo alcanzaría a ver, a ser testigo de lo que muchos no se atreverían a husmear: ya que nadie nunca me quiso ver, me quiso descubrir, nadie me busco entre esa masa sórdida que cada tedioso día se hacía más detestable, la muerte por fin comprenderá como se siente.